

platónica, en el sentido de que esta fórmula recoge magníficamente la noción de Dios como un Ser eterno, inmutable e intemporal.

Pero la misma Sagrada Escritura muestra a Dios bajo otro aspecto más asequible al hombre. En efecto, Dios dice a Moisés: "Ego sum Deus Abraham, et Deus Isaac et Deus Jacob." Esta vez Dios se nos manifiesta como un Ser también, pero en relación con las criaturas. El Dios de las alturas desciende hasta el hombre y se introduce, por decirlo así, en el tiempo y el devenir. Este salto realizase por obra de la misericordia divina, que tiene su primera manifestación en el hecho de la creación, pero después, y sobre todo, en ese acto de su infinita y sobreaundante misericordia que se llama la Encarnación del Hijo de Dios. De esta manera, el Dios cristiano de San Agustín es el Dios que *es*, que *crea* y que *salva*. La filosofía puede conocer al Dios que es y que crea, pero el Dios que salva escapa a sus posibilidades.

Para mejor comprender el libro que reseñamos, remitimos al lector a otras obras del eminente medievalista, por ejemplo, *Introduction à l'étude de saint Augustin*, 2.^a ed., París, J. Vrin, 1943, pp. 27 y ss.; *Le Thomisme*, 5.^a ed., París, J. Vrin, 1945, pp. 73 y ss.; *L'esprit de la Philosophie Médiévale*, 2.^a ed., París, J. Vrin, 1944, pp. 17 y ss. Finalmente, remitimos al lector al juicio que de esta obrita se ha hecho en *Traditio Studes in Ancient and Medieval History, Thought and Religion*, vol. VI, 1948, pp. 377-78.

A. C.

REGINALDO GARRIGOU-LAGRANGE, O. P.: **La madre del Salvador y nuestra vida interior. Mariología.**—Versión castellana del Pbro. José López Navío, Sch. P. Dedebec. Edic. Desclée, De Brouwer. Buenos Aires. 331 págs.

Queremos comenzar esta reseña transcribiendo las palabras con que el autor encabeza su prólogo. Las creemos de suma utilidad para no pocos escépticos que aun hoy persisten en considerar el gran movimiento mariológico actual más como una expresión del sentimiento —del sentimentalismo, dicen ellos despectivamente— que como una lógica consecuencia de un ahondamiento cada vez más serio en las grandes verdades de la Cristología, sin la que no es posible concebir siquiera la doctrina mariológica. "Nuestro propósito —dice el P. Garrigou— no es otro que el exponer las grandes doctrinas de la Mariología en su relación con nuestra vida interior. Al escribirlo hemos comprobado en muchísimas de las más hermosas tesis que con mucha frecuencia el teólogo, en un primer período de su vida, se inclina a ellas por un sentimiento de piedad y de admiración; en la segunda etapa, al darse cuenta de ciertas dificultades y de las dudas de algunos autores, es menos categórico. En un tercer período, si tiene tiempo y oportunidad de profundizar

en estas tesis bajo su doble aspecto especulativo y positivo, vuelve a su primer punto de vista no sólo por un sentimiento de piedad y de admiración, sino con conocimiento de causa, al darse cuenta, por los testimonios de la tradición y por la profundidad de las razones teológicas generalmente aducidas, que las cosas divinas, y particularmente las gracias de María, son más ricas de lo que se piensa, y entonces el teólogo afirma no sólo porque es bello y admitido generalmente, sino porque es verdadero. Si las obras maestras del pensamiento humano en literatura, pintura o música encierran tesoros insospechados, lo mismo sucede, con mucha más razón, con las obras maestras de Dios en el orden de la naturaleza, y muchísimo más en el orden de la gracia, sobre todo si estas últimas tienen relación inmediata con el orden hipostático, formado por el misterio mismo de la Encarnación del Verbo" (p. 9).

Muy hondamente arraigada en el alma debe llevar esta idea el Padre Garrigou cuando tanto se preocupa de insistir en ella. Porque poco más adelante, al estudiar la cuestión de la plenitud inicial de la gracia en María, vuelve a expresarse casi en los mismos términos. "Si las obras clásicas de la literatura griega, latina, francesa, castellana o de cualquier otro idioma —dice— encierran muchísimas más bellezas de las que descubrimos en la primera lectura, al leerlas a los quince o veinte años; si sólo nos percatamos de estas bellezas al volver a leerlas en edad más madura; si lo mismo sucede con los escritos de un San Agustín o de un Santo Tomás, ¿qué pensar de las bellezas ocultas en las obras maestras del mismo Dios, en las compuestas inmediatamente por El, y sobre todo en esta obra maestra espiritual de la naturaleza y de la gracia, cual es el alma santísima de María! Se inclina uno primero a afirmar la riqueza de la gracia inicial en razón de la belleza que vislumbramos; sucede después que nos preguntamos si no hemos exagerado la nota, transformando una probabilidad en certeza; y, finalmente, un estudio profundo nos lleva a la primera afirmación, pero con conocimiento de causa, no sólo porque es bello, sino porque es verdadero y porque existen razones de conveniencia no sólo teóricas, sino conveniencias que han motivado efectivamente la elección divina y en las que se ha complacido el beneplácito de Dios" (p. 71).

¡Cuánta verdad encierran estas reiteradas observaciones del ilustre comentarista de Santo Tomás!

Viniendo ya a hablar de la obra, diremos que se trata de una verdadera mariología, y una mariología en la que se respiran a pleno pulmón los aires más puros de la ciencia mariana. Muchas satisfacciones nos ha proporcionado su lectura. Comenzando por la primera parte, nos ha complacido sobremanera el ver cómo el Padre Garrigou aborda de frente y resuelve con un criterio sereno y objetivo la cuestión de la preeminencia de la divina maternidad sobre la gracia de adopción (p. 13 y ss.) Luego nos esperaba otra

no menor satisfacción al verle resolver sin titubeos de ningún género la superioridad de la gracia inicial de María sobre la gracia final de todos los ángeles y santos tomados en conjunto (p. 66 y siguientes). La tesis por la que con tanto cariño batalló San Alfonso ha encontrado en el P. Garrigou un concienzudo y poderoso defensor. Y lo mismo hay que decir de las otras tesis que de ésta se derivan: el uso de la razón desde el primer instante de su concepción inmaculada (p. 73 y ss.), no ya de una manera temporal, interrumpida, transitoria, sino de una manera permanente (pp. 77 ss.), ya que, si es cierto que "nada permite afirmar esta permanencia con certeza", también lo es que "es muy probable y muy difícil de negar. Si fuese de otra manera, privada María de este privilegio, hubiese sido *menos perfecta* que en el primer instante, y no parece conveniente que una criatura tan santa haya podido descender sin falta de su parte, tanto más que su dignidad requería que fuese progresando sin cesar y que su mérito no quedase jamás interrumpido" (página 78).

Pasando por alto muchas otras cosas, queremos destacar otro punto que nos ha causado singular complacencia. Nos referimos a la cuestión de la realeza de María. He aquí cómo fundamenta el Padre Garrigou el hecho de esa realeza. "María, en el Calvario sobre todo al unirse a los sufrimientos y a las humillaciones del Verbo hecho carne, ha sido asociada lo más íntimamente posible a su victoria sobre el demonio y el pecado, y luego al triunfo sobre la muerte. Luego fué asociada también verdaderamente a su realeza universal" (p. 240).

Pero queremos subrayar especialmente la manera de explicar la actuación misma de la función real de María. "De la misma manera que Jesús es Rey universal no sólo porque tiene el poder de establecer y promulgar la nueva ley, de proponer la doctrina revelada y de juzgar a los vivos y a los muertos, sino también porque tiene el poder de dar la gracia santificante que El nos adquirió y la fe, la esperanza, la caridad y las demás virtudes para poder observar la ley divina. María participa de su realeza universal, de una manera interna y oculta, en cuanto y principalmente nos dispensa todas las gracias que recibimos y que ella nos ha merecido en unión de su Hijo; participa también exteriormente, en cuanto en otro tiempo dió ejemplo de todas las virtudes, contribuyó a iluminar a los Apóstoles con su palabra, y continúa iluminándolos, por ejemplo, cuando se aparece visiblemente en santuarios como Lourdes, La Salette, Fátima y otros lugares" (p. 241). "Esta soberanía se ejerce en la tierra por la distribución de todas las gracias que recibimos y por la intervención de María en todos los santuarios en donde multiplica sus beneficios. Se ejerce en el cielo respecto de los bienaventurados, cuya gloria asencial depende de los méritos del Salvador y de los de su santa Madre. Su gloria accidental y la de los ángeles aumenta

también por la luz que les comunica, por la alegría que experimentan con su presencia, por todo lo que hace por la salvación de las almas. Manifiesta a los ángeles y a los santos la voluntad y deseos de Cristo por la extensión de su reinado.

María ejerce esta soberanía, ya lo hemos dicho, en el purgatorio, en el sentido de que inclina a los fieles de la tierra a rogar por las almas detenidas en este lugar de tormentos; y también presenta a Dios nuestros sufragios, aumentando con ello su valor. Aplica también en nombre del Señor, por estas almas que sufren, los méritos de Cristo y sus propios méritos y satisfacciones" (página 242).

Los que conozcan la insistencia machacona con que desde hace años venimos propugnando esta manera de enfocar un problema que con tanta frecuencia se nos presenta lastimosamente desorbitado, comprenderán nuestra satisfacción al ver nuestras ideas confirmadas por la autoridad del veterano profesor del Instituto "Angelicum". Y abrigamos la fundada esperanza de que, al fin, estas ideas, que cada vez creemos más acertadas, lograrán abrirse camino entre los mariólogos modernos.

No vamos a deternernos a señalar minucias en que tal vez discrepemos de la opinión del autor. Sólo, sí, indicaremos que en más de una ocasión hemos advertido lagunas bibliográficas que no hubiera sido tan difícil llenar.

ANGEL LUIS, C. SS. R.

PETER MASTEN DUNNE, S. I.: **Pioneer Jesuits in Northern Mexico**. University of California Press, 1944. 227 págs.

El ilustre profesor de Historia de la Universidad de San Francisco sigue ofreciéndonos estudios de interés relacionados con las misiones de América. Su preparación para esta tarea no puede ser más exquisita. Ha estudiado el castellano con tesón y cariño; ha recorrido cuidadosamente el escenario en que se desarrollaron los hechos que cuenta; ha compulsado en sus fuentes originales, muchas de ellas inéditas, infinidad de documentos. Y luego, puesto a dar forma al acervo de noticias adquiridas en archivos y colecciones, ha sabido escribir con un estilo suficientemente denso para satisfacer a los críticos más exigentes y suficientemente atractivo para no cansar a los lectores de una cultura menos extensa.

Este libro es el tercero de una serie de volúmenes consagrados a historiar la fecunda labor apostólica desarrollada por los misioneros jesuitas en Norteamérica occidental. El P. Dunne va desplegando ante nuestros ojos un cuadro variadísimo de sufrimientos y dificultades arrostrados por los hijos de San Ignacio en pro de la cristianización de los pobres indios en aquellas vastas regiones del Noroeste de México. En el volumen anterior (*"Pioneer*